

El humanismo biocéntrico: hacia una filosofía de la vida

Patricia Moguel¹

Ciudad de México, México. Email: patricmoguel@yahoo.com.mx

Resumen: En la búsqueda de las causas y soluciones a la más grave crisis ecológica de alcance planetario, resulta obligado retomar una filosofía para preservar la vida con una visión humanista y un enfoque biocéntrico, lo cual nos lleve a reconocer que somos una especie más de entre muchas otras y que por tanto, nuestras acciones tienen límites dentro de este único sistema o biósfera al cual pertenecemos. El objetivo central de este artículo es motivar una reflexión profunda sobre las causas estructurales de la crisis ecológica, la cual contribuya a inspirar un cambio de actitud nuestra frente a la naturaleza, y sobre todo, frente a los otros seres que no son humanos. La principal pregunta que nos hacemos en ello es ¿Hacia dónde vamos como civilización y como especie?

Palabras clave: Biocentrismo, antropocentrismo, humanismo

Biocentric humanism: towards a philosophy of life

Abstract: In the search for the causes and solutions to the most serious environmental crisis of global reach, it is imperious to return to a philosophy for the preservation of life with a humanist and a biocentric approach, which can lead us to recognize that we are a species over among many others, and therefore, that our actions have limits within this single system or biosphere to which we belong. The objective of this paper is to motivate deeper reflection on the structural causes of the ecological crisis, which contributes to inspire a change of attitude towards nature, and especially, towards other non-human beings. The main question we ask is: In which direction are we going as a civilization and as a species?

Keywords: biocentrism, anthropocentrism, humanism

Humanismo biocêntrico: rumo a uma filosofia de vida

Resumo: Na busca das causas e soluções para a crise ambiental mais grave de alcance global, ela deve retornar uma filosofia de preservar a vida com uma abordagem humanista e biocêntrica, o que nos leva a reconhecer que somos uma espécie mais entre muitos outros, e, portanto, nossas ações têm limites dentro deste sistema único ou biosfera a que pertencemos. O objetivo deste trabalho é motivar uma reflexão mais profunda sobre as causas estruturais da crise ecológica, o que contribui para inspirar mudar a nossa atitude para com a natureza, especialmente em comparação com outros seres não-humanos. A principal questão que pedimos é que onde estamos indo como civilização e como espécie?

Palavras-chave: biocentrismo, antropocentrismo, humanismo,

“¿Y que son los seres humanos sin los animales? Si los animales dejasen de existir, los seres humanos morirían de una gran soledad de espíritu. Porque cualquier cosa que les suceda a los animales pronto les sucederá a todos los seres humanos...”
(Carta del Jefe Seattle, 1855).

En la sabiduría expresada en estas líneas escritas hace más de siglo y medio por el gran líder indio de la tribu Suwamish de los Estados Unidos de Norteamérica, resaltan dos aspectos que hoy son centrales en la búsqueda de las causas y soluciones a la más grave crisis ecológica de alcance planetario. Por un lado, el cuestionamiento profundo de la importancia y el

¹ Patricia Moguel es especialista en temas de educación ambiental, desarrollo sustentable y conservación. patricmoguel@yahoo.com.mx

lugar que tienen los otros seres no humanos para nuestra propia supervivencia, donde la extinción masiva de especies y la destrucción acelerada de sus hábitats y ecosistemas derivadas de nuestras intervenciones históricas carentes de toda ética, amenazan la continuidad de la vida en el planeta por primera vez en la historia humana. En un segundo lugar y como resultado de lo anterior, encontramos la necesidad de reafirmar lo humano o la humanidad en sus raíces no sólo antropogénicas sino biocéntricas, esto es, en el conjunto no solamente de la especie *Homo sapiens sapiens*, sino en el proceso mismo de la vida que surge y se conserva a través de ella con sus infinitas posibilidades de interrelaciones e interdependencias, de cuya red intrincada nosotros somos tan sólo una pequeña hebra.

El objetivo central de este artículo es motivar una reflexión profunda sobre las causas estructurales de la crisis ecológica, la cual contribuya a inspirar un cambio de actitud nuestra frente a la naturaleza, y sobre todo, frente a los otros seres que no son humanos. Dicho en otras palabras, que logremos trascender nuestro delirio de poder universalista sobre el resto de las especies, donde la humanidad como civilización se exprese no con la crueldad y la falta de raciocinio que hemos demostrado hacia las millones de formas de vida que cohabitan con nosotros. Un humanismo que se construya con un código ético que persiga continuamente el sentido de justicia, equidad y salud con el entorno social y ambiental, el cual oriente nuestras actitudes. Porque la violencia, las guerras y el exterminio que el ser humano ha dirigido hacia su propia especie, es la manifestación más clara del extravío de sus raíces, de su sentido de identidad que fundamentalmente se da a través del amor y la compasión por los seres vivos. Ninguna especie animal ha destruido a sus congéneres como lo ha hecho el ser humano!!!.

Como lo revisaremos en los siguientes apartados, resulta obligado y urgente retomar una filosofía para preservar la vida, esto es, una visión humanista pero con un enfoque biocéntrico del mundo, que nos permita ser conscientes de lo que somos y hacemos, lo cual nos lleve a reflexionar y a reconocer que somos una especie más de entre muchas otras y que por tanto, nuestras acciones tienen límites dentro de este único sistema o biósfera al cual pertenecemos. Si la principal distinción de la naturaleza humana con respecto al resto de especies del Reino animal yace en el mundo de la razón y no del instinto, ¿qué es lo que nos impide reflexionar sobre los cambios que todos tendríamos que hacer para frenar nuestra propia autodestrucción? Empecemos por la más sencilla y quizá profunda pregunta que desde hace milenios se ha venido formulando: ¿Hacia dónde vamos como civilización y como especie?

La Tierra grita ante el silencio de todos: Los límites de sociedad de riesgo global

Desde que Rachel Carson (1960) anunciara hace cincuenta años la muerte lenta y progresiva de millones de aves debido al efecto devastador de plaguicidas aplicados a los cultivos en muchas regiones de los Estados Unidos, se advertía con ello no sólo del colapso

inminente de muchos ecosistemas y recursos naturales que sostienen la vida en la Tierra, sino además, la extinción masiva de la mayor diversidad y riqueza de especies. Una lista interminable de publicaciones científicas y reportes técnicos advirtieron desde entonces, que enfrentaríamos en poco tiempo los más graves y profundos desequilibrios ambientales creados por las actividades humanas denominados como riesgos globales, los cuales ya no sólo eran de índole ecológico, sino químico, genético y nuclear (Ehrlich & Ehrlich, 1968; Schumacher, 1973;; Brown, et al, 1984; Informe Brundtland, 1989; Lovelock et.al., 1989).

Habíamos entrado a una época, nos decían los especialistas, donde nuestra especie había gestado los mayores logros científicos y tecnológicos de todos los tiempos, y sin embargo, habíamos perdido el control sobre éstos cuando amenazaban toda forma de vida en la Tierra, incluyendo la nuestra. Los filósofos vislumbraban que el mundo moderno industrial se perfilaba sobre el único ideal de crear una economía sana, sin detenerse a ver que lo que estaba engendrando era una sociedad y un mundo enfermo. Las manifestaciones más evidentes eran: la temperatura media mundial estaba aumentado significativamente, cuya expresión se daba no sólo en la reducción de las capas freáticas de los subsuelos en las zonas templadas y frías, sino también, en el derretimiento de los glaciares, el aumento en el nivel de los océanos, desecación de ríos, lagos, así como el agotamiento de un sinnúmero de fuentes que suministran el agua a nuestros alimentos y a las grandes urbes donde habita más de la mitad de la población en el mundo (4500 millones de personas). Mientras la industria producía más de 10,000 sustancias tóxicas que la naturaleza no puede degradar y ni la industria misma puede reciclar, la agricultura y ganadería ya habían reducido en más de un tercio el territorio de selvas y bosques de todo el mundo. En los últimos veinte años rompíamos las barreras genéticas creadas por la naturaleza y sus leyes, despreciando con ello los miles de millones de años del trabajo evolutivo que dio origen a la mayor riqueza y diversidad biológica en el planeta. No había duda que no sólo se estaba silenciado el canto de las aves, sino destruyendo el hábitat, nutrientes, ciclos reproductivos, migratorios, cadenas alimenticias y recursos de miles de especies (Meadows et. al. 1992; Brown, 2004; WWI, 2010).

Basta citar un ejemplo: el colapso ocurrido en millones de colmenas de abejas melíferas producto del uso de plaguicidas y la agricultura intensiva, puso en alerta a todas las regiones apícolas del mundo. Las abejas se enfermaban por hongos u otros patógenos y morían por millares. Las que salían a buscar el alimento no regresaban, porque lo que acontecía era una pérdida de orientación espacial después de que habían estado expuestas a cierto tipo de insecticidas. En numerosas muestras tomadas del polen de diferentes panales, se descubrió la presencia hasta de 40 productos químicos tóxicos en ellas. Era un hecho que sus diminutos cuerpos no estaban resistiendo las elevadas toxinas contenidas en las flores que les sirven de alimento. Se nos dijo y enfatizó que el futuro de nuestra alimentación se vería seriamente

amenazado si estas criaturas desaparecieran. Posiblemente pocos escucharon lo que anunciaban los expertos: que de las 100 especies de cultivos que proveen el 90% de nuestros recursos alimenticios, el 71% son polinizados precisamente por las abejas melíferas. Habría que añadir que ellas son los polinizadores más potentes y eficaces que existen en la naturaleza y que junto con miles de especies de insectos, desarrollaron mecanismos extraordinarios de co-evolución principalmente con las flores en los últimos cien millones de años. Ambos grupos lograron en una relación simbiótica, los cambios evolutivos necesarios para dar todo el colorido, las fragancias y su extraordinaria diversidad de formas de vida que hoy se tienen. Y todos estos procesos y habilidades tan sofisticados logrados por la sincronía estacional y diaria entre la floración y la polinización en un prolongado período evolutivo biológico, se estaban perdiendo. Si un número creciente de personas se percatara de la amenaza que representa para sus vidas, la de todos los seres humanos, la desaparición exclusivamente de las abejas, seguramente contribuirían con los miles de apicultores y especialistas a detener tremenda catástrofe.

¿Por qué seguimos subestimando este futuro común que nadie desea?

Frente a la catástrofe ecológica mundial anunciada, era un hecho contundente que la naturaleza imponía ya los límites al crecimiento no sólo demográfico, sino y sobre todo, económico, donde la producción ilimitada y el consumo infinito de las minorías anhelado por las mayorías, era simplemente incompatible en un mundo finito. De acuerdo a todos estos estudios, la capacidad de carga de los ecosistemas terrestres y acuáticos ya había sido rebasada desde la década de los 70', mermando con ello su capacidad de auto-conservación, resiliencia (capacidad de restauración de los sistemas ante cualquier efecto de perturbación) y auto-reproducción, a un ritmo y una escala global sin precedente alguno.

No había duda que el diagnóstico y el tratamiento para todas estas manifestaciones sintomáticas de la crisis ecológica, estaban dadas por especialistas procedentes de muchos países, cuyas proyecciones permitieron colocar la temática ambiental como la principal protagonista en el escenario político internacional. Pero el accionar y el reaccionar en torno a ello había generado una multitud de incongruencias, expresándose en dos claras tendencias que hoy se muestran como las causas estructurales de la crisis ecológica. Ello ha venido dificultado no sólo el abordaje profundo, contundente y real de la gravedad de la crisis, sino además, explicarían nuestra incapacidad de frenar el deterioro ambiental aún con los grandes avances que ha habido en la ciencia y la tecnología, o a pesar de ellos.

Por un lado, la irresponsabilidad organizada de un conjunto de instituciones guiadas por un sistema económico, político y financiero que amenaza con destruirlo todo en aras de una modernidad, un crecimiento desmedido y el tan renombrado progreso, donde la opulencia de

pocos y la pobreza de muchos debieran ser las principales pruebas del incumplimiento de tales promesas. En su perspectiva dominada bajo una visión mecanicista cartesiana y antropocéntrica, la naturaleza es contemplada desde la utilidad humana con un valor exclusivamente monetario, eliminando con ello su belleza y reduciendo la vida a tan sólo partes mecánicas. El ser humano se coloca como dueño único de toda la riqueza y diversidad de formas, colores, ciclos, procesos, funciones, redes e interconexiones que la naturaleza otorga, necesarios para que la vida en su conjunto exista. Gobiernos del Norte y Sur, suscritos por sus instituciones y una comunidad muy amplia de científicos y tecnócratas, refuerzan ésta visión para justificar que se continúe adaptando la naturaleza a las actividades económicas y productivas, en lugar de aceptar que nuestra economía y desarrollo tendría que ajustarse a los límites que la naturaleza establece.

La segunda tendencia que se observa entre numerosos grupos de científicos que teorizan sobre la naturaleza y activistas militantes con ideologías populistas, socialdemócratas o de izquierda que promueven prácticas ecológicamente sustentables, es la falta de congruencia entre su discurso y su quehacer cotidiano. Muchos grupos no muestran una clara oposición con el sistema económico imperante, y hasta emplean un lenguaje plagado de eufemismos como es el caso del concepto desarrollo sustentable, que como Serge Latouche señala *“Logra admirablemente el trabajo de ilusión ideológica...de crear un consenso entre partes antagónicas gracias a un oscurecimiento del juicio y a una anestesia del sentido crítico de sus víctimas...”* (2004, pag 22). La otra postura es aquella donde se colocan los radicales, cuyas propuestas caen muchas veces en el inmovilismo o la falta de acciones que sean viables y concretas en la solución de los problemas socio-ambientales, sin una transformación real en primera instancia como individuos. Ellos maquillan sus incongruencias personales a través de un vasto discurso alternativo de propuestas inconexas entre la realidad exterior y su vida cotidiana.

Por otro lado, es importante apuntar que en su visión antropocéntrica y materialista, la naturaleza es concebida como el “capital natural”, visión donde solamente se reconocen materias primas sujetas a ser apropiadas y mercantilizadas por los grupos humanos. Bajo estos criterios, la naturaleza continúa manejándose como una empresa a la que se le puede asignar un valor monetario a cada organismo, ecosistema o incluso hasta los mismos procesos biogeoquímicos que ocurren en el planeta. El caso más patente es el establecimiento de las cuotas de emisión de CO₂ que los grandes Tratados Internacionales han establecido para mitigar el gravísimo problema del cambio climático. Y quizá el ejemplo más patético de la esterilidad espiritual que padecen los que reducen a simples pisos de fábrica el mundo viviente, es el cálculo que realizó Constanza et al (1997), fundador de la Sociedad Internacional de Economía Ecológica, donde hace una estimación del valor total de la naturaleza en trillones de dólares, un artículo criticado por Naredo (2006). El incumplimiento continuo de muchos de los convenios

internacionales en materia ambiental revela la retórica de un falso discurso vacío de valores éticos, lo cual se traduce en incoherencias de quienes lo elaboran hasta los que lo promueven. Evidentemente existe una falta de comprensión y por tanto de un abordaje hacia el tratamiento de la problemática ambiental, porque de lo que requerimos son de reformas estructurales en todo el sistema que no son sólo económicas y ecológicas, sino pedagógicas, sociológicas, psicológicas, entre muchas otras, si se quiere modificar realmente la estructura básica de todo el sistema.

La enorme distancia que se observa en numerosas personas entre la teoría y la práctica, entre el discurso y la vida cotidiana, es resultado de una escisión entre la razón y el afecto. Erich Fromm (1992) apuntó que la discordancia que se da en muchos adultos entre sus valores religiosos y humanistas y las normas técnicas que les son contrapuestas por la sociedad moderna, tiene como repercusión directa la creación de una conciencia de culpabilidad y un sentimiento de desorientación hacia los niños y jóvenes que están siendo educados bajo estas ambiguas posturas. Ello conduce a un vacío de principios y errores en nuestras formas de percibir y de interpretar la realidad, con lo cual estamos incapacitados no sólo para cuestionar la visión del mundo moderno, sino además, para la toma de decisiones correctas que implique transformar nuestros estilos de vida y de consumo. Entonces, el mundo justo, equitativo y sano que seguramente todos los seres humanos deseamos para nuestros hijos, las generaciones que aún no han nacido y las millones de especies no humanas, de cuya vida depende la nuestra, la tornamos en una utopía imposible de realizar.

El renacimiento del humanismo para la supervivencia de nuestra civilización

Desde hace varios siglos una multitud de filósofos, artistas, científicos en el mundo, han planteado una tercera tendencia para sobrevivir al posible hundimiento de nuestra civilización: retomar los valores humanistas para restaurar las capacidades racionales y amorosas que todo ser humano tiene, con lo cual se logre el pleno desarrollo del individuo y una nueva unidad con el mundo que le rodea. La supervivencia de nuestra civilización exige recuperar y de manera muy urgente, tradiciones culturales religiosas y filosóficas humanistas esbozadas desde las primeras civilizaciones orientales y occidentales como han sido las que han confluído en el taoísmo, budismo, cristianismo, entre otras. Con ello es posible que podamos reintegrar en cada uno de nosotros nuestro sentido de cooperación, solidaridad, respeto, tolerancia, templanza, que son necesarios para la preservación de nuestra especie y de la vida en su conjunto.

Exaltar cada uno de los valores humanos a virtudes y no a vicios, es la única manera que tenemos para contraponer aquellos criterios que la sociedad moderna impone tales como el

éxito, el poder, la fortuna y la competencia. Cuando nuestros comportamientos se rigen por estos principios -nos dice la psicología-, es cuando el ser humano se enajena y entonces pierde su esencia humana y sus capacidades intrínsecas que lo acompañan como es el amor hacia sí mismo, hacia los otros, hacia la vida (Fromm, 1956, 1970; Fromm, et al., 1990). Las tesis de Konrad Lorenz (1973) sobre las conductas destructivas en el ser humano, yacen más en su carácter instintivo biológico que en lo cultural. Su determinismo filogenético lamentablemente ha tenido una mayor influencia en las corrientes del pensamiento moderno, que aquellas que explicarían el origen de la crueldad humana en procesos vinculados a la cultura y a lo social (véase el excelente estudio de Erich Fromm sobre la anatomía de la destructividad humana, 1975). No existe mayor perogrullada que las argucias esgrimidas por una infinidad de autores, los cuales han intentado fundamentar la barbarie humana como parte de su naturaleza animal. Pero por razones de espacio, este es un debate que queda pendiente.

El consumismo es otra actitud enajenante producto de nuestra sociedad moderna y quizá la más grave, con la cual desarrollamos relaciones patológicas con el entorno social como son el narcisismo, la indiferencia, la frivolidad y la superficialidad en todas sus manifestaciones. Como una expresión de todo ello, hemos ampliado nuestro grado de perturbación individual y colectiva hacia el entorno ambiental, cuyo excesivo consumo y despilfarro de recursos naturales nos está llevando a un callejón sin salida. Los medios de comunicación y la publicidad se encargan de construir en nuestras mentes un imaginario colectivo, donde creemos que lo que comemos o usamos nos alimenta y protege, cuando muchos de los productos que consumimos contienen sustancias altamente tóxicas para nuestra salud y la de nuestro entorno. Cuando el acto de consumir se torna exclusivamente hacia el placer, la diversión, lo estético o el ocio, no hay duda que el efecto que produce en nuestra psique es de insatisfacción, vacío y ansiedad que, a su vez, calmamos con la misma droga, con más consumo. (Bauman, 2007; Lipovetsky, 2007).

Si bien es cierto que la idea del humanismo como filosofía y como movimiento puede hacernos recuperar nuestro espíritu crítico, realista y creador para vencer la enajenación y la sensación de impotencia que ésta nos produce, ésta requiere de algo más para lograr movilizar todas las conciencias conservadoras y radicales que nos pueda salvar como civilización y como especie. Esto se debe al hecho de que el humanismo carece de una filosofía que defienda y proteja la vida de los otros seres que no sean humanos, desterrando nuestra identidad como especie al dejar de incluir en ella nuestras raíces biológicas. El humanismo se ha venido construyendo y ha ido avanzando como una doctrina de carácter antropocéntrica, esto es, donde el ser humano es la medida de todas las cosas, cuya naturaleza o esencia única con respecto al resto del mundo animal, es producto de la razón, la inteligencia y de sus capacidades intrínsecas como el ser consciente de sí mismo y el amar. En el pensamiento de Cicerón, antiguo filósofo

romano, se enuncia con más contundencia el derecho natural que le corresponde al humano sólo por haber trascendido el reino de los instintos a través de su razón como valor supremo, cuya percepción antropocéntrica domina hasta nuestros días: “**Hemos de entender todo este universo como una república de la cual son miembros los dioses y los hombres**” (citado en Fromm, 1992, pag 73).

En la visión antropocéntrica o antropocentrismo, el *Homo sapiens sapiens* es la única especie con el derecho de subordinar y explotar al mundo natural en aras del desarrollo, el bienestar y el progreso humano. Esta perspectiva domina no sólo a nuestra sociedad tecnocrática e industrializada, sino a un grupo importante de científicos ecólogos y movimientos ambientalistas, quienes interesados en conservar la riqueza y diversidad biológica de nuestros países, los animales, las plantas, sus ciclos, procesos y funciones son vistos y evaluados sólo como recursos y reservas que pueden ser aprovechados exclusivamente para los grupos humanos. Ello limita enormemente no sólo nuestra capacidad de comprender afectiva y racionalmente el mundo natural en que vivimos, sino además, el emprender acciones concretas que permitan hacer una reforma estructural a todo el sistema biofísico y humano.

Como bien lo decía el gran erudito Arzobispo de Canterbury (citado en Lovelock, et al, 1989, pag 144), la nueva perspectiva humanística exige ampliar la zona de lo sagrado –lo humano- a lo no humano, porque estos seres poseen un valor intrínseco propio en vez de depender de su relación con los seres humanos. En sus palabras enfatiza: “**Necesitamos mantener el calor, la importancia del ser humano, afirmando también la importancia de lo no humano, de todo lo que existe**”. Esta visión llamada biocéntrica, representa un cuestionamiento profundo e inédito del lugar que ocupan las otras especies ya no como objetos por su valor de uso o de cambio, sino por el valor inherente que pueden tener las millones de especies no humanas, al ser sujetos con el derecho propio de alimentarse, respirar, sentir, relacionarse, amar y vivir.

El humanismo biocéntrico como fundamento ético central para una conciencia planetaria

Las palabras del Arzobispo son una invitación sabia que nos conduce a una doble reflexión: por un lado, al hecho trascendental de liberarnos por primera vez de los viejos paradigmas mecanicistas y materialistas construidos y sostenidos por más de tres siglos para alimentar a nuestra sociedad moderna, para entrar a una nueva y profunda transformación ética no sólo como especie, sino en un humanismo biocéntrico para la construcción de una conciencia planetaria. Nos encaminamos a un cambio de paradigma, en el que nuestros valores, conceptos e ideas que tenemos de los procesos sociales, culturales, biológicos y físicos que ocurren en el mundo están siendo seriamente cuestionados y substituidos por nuevas corrientes del

pensamiento que nos llevan a un cambio radical en nuestra percepción de la realidad. El nuevo enfoque que emerge es sistémico, holístico, ecológico y espiritual, porque la problematización ambiental se aborda en interconexión e interdependencia con todos los fenómenos sociales y culturales vinculados con los ciclos y procesos de la naturaleza, donde la humanidad se une al resto de los seres vivientes para construir este mundo uno que proclamaron los grandes eruditos de nuestras civilizaciones antiguas.

En la perspectiva sistémica y holística, el sistema biofísico es más que la suma de sus partes porque éste predomina sobre sus partes que lo compone. Cuando se dan soluciones a una sola causa de la crisis ecológica sin emprender reformas estructurales a todo el sistema (interdisciplinarias, multidisciplinarias en un diálogo permanente intercultural), el sistema sigue funcionando igual que antes porque anula los efectos de la parte problematizada que ha sido abordada. La percepción fragmentada del mundo vivo donde los seres vivos son vistos como una mera colección de objetos, se substituye por una matriz de relaciones interdependientes donde cada uno mantiene su individualidad producto de la existencia del todo. El conocimiento ya no se construye a partir de un pensamiento lineal y en un solo sentido, sino en una red de relaciones interconectadas de conceptos, donde las propiedades sistémicas emergen de las relaciones organizadas entre las partes con distintos niveles de complejidad. La percepción, emoción y por ende el comportamiento derivado de ello, ya no es un proceso exclusivo de la mente, sino de todas las células que constituyen el sistema humano y biofísico (Capra, 1992, 1998; Heanke, 1998; Morin y Hulot, 2007).

El nuevo paradigma también se define como ecológico por la importancia que hoy tiene todo el conocimiento derivado de la ciencia ecológica para disponer de información suficiente que nos permita atender de manera urgente los desequilibrios ecosistémicos y sus consecuencias. Y finalmente es espiritual no en un sentido religioso, sino entendido como el modo de conciencia en el que el individuo experimenta un sentimiento de pertenencia y de conexión con el cosmos como un todo. Las tradiciones espirituales del mundo campesino e indígena del llamado Tercer Mundo junto con las filosofías taoístas, budistas, entre otras, convergen en este núcleo temático para la construcción del código ético necesario que nos ayude no sólo a sobrevivir a la última crisis de civilización que ha sido anunciada, sino y sobre todo, para construir la calidad de vida y dignificación de todas las culturas, pueblos y comunidades de seres que habitamos la Tierra. En otro fragmento recogido de la carta del Jefe Seattle (1855), se expresa de una manera muy clara, muy bella y sencilla este sentido de conexión espiritual y la nueva visión del mundo uno construido a partir de una filosofía humanista biocéntrica: **“...todo lo que afecta a la Tierra, le afecta a los hijos de la Tierra. Cuando los hombres escupen en el suelo se escupen a sí mismos. Esto lo sabemos: la Tierra no pertenece al hombre, sino el hombre pertenece a la Tierra. El hombre no ha tejido la**

red de la vida: es sólo una hebra de ella. Todo lo que le haga a la red se lo hará a sí mismo. Lo que le ocurra a la Tierra le ocurrirá a los hijos de la Tierra. Lo sabemos. Todos los seres y todas las cosas están relacionadas con la misma fuerza que la sangre une a una familia....Si contamináis vuestra cama, alguna noche moriréis sofocados por vuestros propios desperdicios...”

Ecosofía, una filosofía para preservar la vida

Reivindicar la vida en toda sus expresiones es una propuesta que también ha sido elaborada por pensadores clásicos del siglo XIX y XX, los cuales inauguran una filosofía hacia un nuevo campo llamado filosofía ecológica, ecología profunda o ecosofía con los grandes naturalistas y conservacionistas de Estados Unidos y de Europa tales como Emerson (1803-1882), Henry D. Thoreau (1817-1862), Whitman (1819-1892), John Muir (1838-1914), Aldo Leopold (1887-1948), y Arne Naess (1912-2009), como los más importantes. Los aportes más relevantes de todos estos autores es que la problematización de la naturaleza se aborde en la perspectiva sistémica descrita en el párrafo anterior, en donde más que tratar los síntomas o manifestaciones de la crisis ecológica como si fuese una enfermedad, se mire como si fuese un síndrome el cual apunte a cuestionar sobre las causas estructurales de la crisis ecológica inducidas por una sociedad que amenaza la continuidad de la vida en la tierra (Naess, 1984; Leopold, 2000; Emerson, 2007).

En su visión humanista biocéntrica, la ecosofía coloca al ser humano no sólo como un miembro de la sociedad y de una cultura, sino como un sujeto más de la naturaleza que pasa a reafirmar la importancia de su humanidad en lo no humano. A todos ellos erróneamente se les ha catalogado como romanticistas, por la perspectiva que mantuvieron en la defensa y lucha por preservar el entorno ambiental. El agua, los suelos, los microorganismos, las plantas, los animales y todo el conjunto de asociaciones, procesos, ciclos y funciones que ocurren en el medio biofísico, simbolizan el alma de la naturaleza la cual sólo logramos percibir una pequeña gama en su infinita capacidad de expresarse. En cada una de sus obras manifestaron siempre una clara oposición con el sistema industrial imperante, criticando sistemáticamente el supuesto derecho natural que el ser humano se ha adjudicado para explotar el mundo natural en aras de una modernidad y progreso tecnoburocratizado. Para John Muir por ejemplo (1911), la naturaleza se preserva no para el desarrollo, sino del desarrollo, al situar las actividades humanas como la principal fuente de deterioro y destrucción de la vida precisamente por darle a ésta sólo un valor instrumental en el uso y manejo.

Aquí resulta conveniente diferenciar los movimientos conservacionistas surgidos a partir de estas corrientes en el mismo período, porque aún cuando el soporte teórico-conceptual se comparte en algunas temáticas para la defensa del medio ambiente, operan sobre plataformas

distintas cuando ofrecen pautas y lineamientos de prácticas ecológicamente sustentables. La primera corriente se agruparía en lo que el filósofo noruego Arne Naess (1973) definió como **ecología superficial**, la cual agruparía a los ambientalistas interesados en implementar políticas y nuevas tecnologías para reducir las consecuencias negativas que generan las actividades humanas, y restaurar los ecosistemas sólo para el buen funcionamiento y uso de los grupos humanos. En este movimiento podríamos incluir a los ecotecnócratas, los cuales se manejan en la perspectiva de la sustentabilidad pero con una diferencia notable con respecto a los ecólogos humanistas y profundos. Los ecotecnócratas por ejemplo reconocen que la naturaleza está compuesta de recursos, que son limitados, vistos exclusivamente con un valor monetario (la economía ambiental) y sujetos a ser poseídos. Los deseos del hombre son ilimitados y dada la escasez de los recursos, sus necesidades pueden ser satisfechas a través de un sistema de mercado regulado por precios. En su perspectiva, el bien social se asegura si cada individuo persigue su propio fin en la forma más eficiente posible y que la calidad de la vida se mide en términos de productos materiales, de tal forma que los otros elementos de la cultura se desvanecen en los intersticios de esa estructura ya sólida y estable que es la civilización económica de occidente.

Este enfoque es adoptado prácticamente por toda la élite institucional como el Banco Mundial, las Naciones Unidas, la IUCN (Internacional Union for Conservation of Nature and Natural Resources), la WWF (World Wildlife Foundation), el PNUMA, y los propios gobiernos de las naciones subdesarrolladas. Como ya fue expuesto en líneas anteriores, todos ellos consideran y evalúan como única solución para detener la sobreexplotación y el deterioro de los recursos naturales, adaptar la naturaleza a nuestras actividades productivas y económicas en lugar de considerar que nuestra economía tendría que adaptarse a la naturaleza. También hablan de adaptar el número de especies (hablando solo de la especie humana) a la capacidad de carga de nuestro planeta, cuando está más que comprobado que los países del Norte que son los que no se reproducen, han logrado expandir su capacidad de carga extendiendo sus tentáculos a los países del Sur, así como su tecnología con grandes costos ambientales.

El otro movimiento es lo que Naess denominó como *ecología profunda* o ecosofía (hogar de sabiduría), cuyo interés se centra en proteger a todas las especies por el valor intrínseco que ellas poseen. Los ecólogos profundos promueven sin lugar a dudas mejorar la calidad de vida de todos los seres humanos que habitamos la Tierra, pero sin deteriorar más la base material que sustenta nuestras vidas, la de las generaciones que vienen y la de las millones de especies que también habitan la Tierra. Las especies no humanas van a tener un valor por sí mismas al margen de la economía, con lo cual se acepta que la naturaleza ya no puede ni debe ser vista más como si fuese una mercancía y sus especies con un valor monetario. En este tipo de desarrollo se contempla el consumo moderado e incluso reducido, una distribución equitativa

de la riqueza económica, la justicia para todos y todas, el impulso a las economías locales familiares antes que a las globales.

Su visión humanista biocéntrica le lleva a crear a Naess junto con George Sessions (1984) una plataforma o un código ético ambiental para defender y proteger la vida no humana de manera independiente de la utilidad que ésta pueda tener para los propósitos humanos. En su marco conceptual se enfatiza fundamentalmente que los seres humanos no tienen ningún derecho a reducir esta riqueza y diversidad, lo que requiere valorar la calidad de vida en términos de su valor intrínseco y no de su valor de uso. Y lo más importante de su propuesta es cuando dicen que ellos, como creadores y principales impulsores del movimiento de la ecología profunda, tienen la obligación directa o indirecta de tratar de implementar los cambios necesarios. Esta es la congruencia requerida para dar el salto evolutivo de mayor complejidad en nuestras conciencias del cual hablaba el gran teólogo jesuita Teilhard de Chardin (citado por Nuñez de Castro, 2006).

Sin embargo, a pesar de que en la sociedad moderna tanto de occidente como de oriente, Norte o Sur, izquierda o derecha, la perspectiva antropocéntrica sigue dominando las estrategias de desarrollo impulsadas por nuestros gobiernos, así como también, nuestros estilos de vida y de consumo, el principio biocéntrico está siendo retomado nuevamente por importantes movimientos ambientalistas de la sociedad civil, los cuales buscan la construcción de una ética ecológica con una mirada humanista. Uno de los más grandes triunfos que recientemente hemos tenido ha sido la aceptación del principio biocéntrico a nivel de Constitución Política en Ecuador, donde por primera vez en América Latina se le hace un reconocimiento por ley a los derechos que la naturaleza tiene y a la posibilidad de restaurarse. En el Artículo 72 de dicha Constitución, se le nombra a la naturaleza como Pachamama (Madre Tierra), término atribuido por los pueblos indígenas quechuas de la región andina de acuerdo a su cosmovisión, y cuyo significado simboliza el lugar donde se reproduce y realiza la vida. Este gran giro logrado dentro del gobierno a través de las innumerables luchas indígenas, campesinas y de las organizaciones no gubernamentales en pro de la conservación de la naturaleza y de la justicia social, está alcanzando a otras regiones como son Bolivia, Perú, Colombia y Uruguay, donde se están discutiendo los cambios constitucionales para el reconocimiento de una nueva perspectiva ideológica que yace más en el principio biocéntrico que en la concepción antropocéntrica que el ser humano ha fijado con respecto a su relación y formas de uso hacia la naturaleza.

A manera de conclusión

No existe más tiempo ni debiera de quedar alguna duda de que sólo tenemos una alternativa para cambiar el rumbo de nuestro destino común: asumir la responsabilidad que

todos tenemos para accionar y reaccionar positivamente en torno a la defensa de la dignidad humana, del respeto y el amor por la vida. El salto evolutivo requerido para salvarnos todos sólo podrá darse a partir de cambiar la realidad que vivimos a nivel individual siempre en la solidaridad y justicia con los otros. Quizá valdría la pena que empezáramos por cuestionar nuestros estilos de vida los cuales seguramente son enajenantes, superficiales y despilfarradores hacia los recursos naturales y sus ecosistemas. Pensar en que nuestros comportamientos están fincados en un sistema de valores construido y nutrido por una sociedad moderna tecnoburocratizada y materializada, cuyos principios básicos se rigen por la máxima producción y consumo. Esta megamaquinaria como ha sido nombrada por Lewis Mumford (1967) funciona gracias a su motor más potente que es la mercantilización del trabajo, de nuestros espacios, tiempo, ideas y sueños. Este sistema alienta el bienestar material de una minoría en demérito del desarrollo espiritual de la mayoría de los pueblos y subsiste gracias a la explotación de miles de millones de trabajadores y la depredación de la naturaleza. Reflexionar sobre estos valores que nos dominan, es la primera condición para hacernos conscientes de que podemos ser capaces de transformar la realidad en la que todos vivimos, con lo cual logremos individual y colectivamente reformar el sistema en el que se arraigan nuestras malas costumbres, hábitos, creencias y valores que nos están conduciendo a la catástrofe más grande que haya podido padecer la humanidad.

Pero ante esta última formulación quedaría una pregunta que es: ¿cómo conectarnos en la práctica cotidiana con nosotros, con el otro, con el resto de los seres vivos no humanos y con la naturaleza no sólo para respetarlos y protegerlos, sino también para ser capaces de dar solución a los problemas ecológicos y sociales de nuestra civilización moderna? Es necesaria nuestra participación política e integración colectiva con movimientos, organizaciones sociales y proyectos comunitarios que se dirijan a promover y construir la equidad de género, la justicia social y ambiental, los derechos humanos, de los trabajadores, la conservación de los recursos naturales, la autosuficiencia local y regional, la seguridad alimentaria y económica de todos los pueblos marginados. Es prioritaria la lucha por la defensa y protección de la diversidad biológica y cultural y exigir los cambios profundos requeridos en el sistema político que les otorgue a todas las culturas presentes en los territorios, los derechos que todo ser humano tiene para acceder a una buena educación, salud, alimentación, vivienda, empleo, transporte y servicios básicos.

La educación ecológica, ecopedagogía, o educación humanística biocéntrica serían algunas de las propuestas educativas que han sido desarrolladas con una ética planetaria, las cuales logren aportar el marco conceptual, filosófico y metodológico requerido en el nuevo paradigma emergente. Pero también requerimos de un sistema que nos permita potenciar nuestras emociones y nuestras capacidades extraordinarias de sentir, pensar y reflexionar,

porque no basta la razón o el pensamiento por sí mismo para hacer conciencia, sino el impulso vital que despierte nuestra conexión con la vida. Considero que sólo así dejaremos de subestimar lo que la Madre Tierra y el Universo en sí mismo nos legaron a los habitantes de éste planeta, al cual le llevó construir durante 15 mil millones de años el más maravilloso, diverso y complejo sistema de relaciones, interacciones y de información que dieron origen a la vida y que como muy sabiamente lo describió Carl Sagan: **“En el vasto cosmos en el que está situado, este mundo es, al menos de entre los mundos cercanos, el único hogar posible para los seres humanos, el único mundo embellecido con la vida”** (citado en Lovelock, et al., 1989, pag 56). Si el gran logro del siglo XX aún con sus múltiples errores fue haberle otorgado a los derechos humanos el carácter universal que hoy tiene, esperamos que el Siglo XXI se caracterice por la internacionalización de los derechos de la naturaleza.

Bibliografía

- Bauman, Zygmunt. 2007. **Vida de Consumo**. Ed. FCE. 205 pags.
- Brown, Lester, et. al. 1984. **State of the World, 1984**: A Worldwatch Institute Report on Progress Toward a Sustainable Society. Ed. Norton & Company/Worldwatch Institute, USA. 252 pags
- Brown, Lester R. 2004. **Salvar el Planeta. Plan B: Ecología para un mundo en peligro**. Ed. Paidós, Barcelona, España. 334 pags.
- Capra, Fritjof. 1992. **El punto crucial: Ciencia, sociedad y cultura naciente**. Ed. Estaciones, Argentina, 527 pags.
- Capra, Fritjof. 1998. **La trama de la vida: Una Nueva perspectiva de los sistemas vivos**. Ed. Anagrama, Barcelona, España. 361 pags.
- Carson, Rachel. 1960. **Silent Spring**. Primera edición traducido al español en Drakontos Bolsillo 2010. Ed. Crítica, Barcelona, España, 371 pags.
- Constanza, R. 1997. The value of the world's ecosystem services and natural capital. **Nature, Vol. 387 No. 15: 253-260**
- Ehrlich, P.R. & A. Ehrlich, 1968. **The Population Bomb**. Ed. Sierra Club/Ballantine Books, U.S.A. 201 pags.
- Emerson, Ralph Waldo. 1836. **Naturaleza**. Prólogo de José Antonio Antón Pacheco, 2007 para la presente edición. Ed. El barquero, Palma de Mallorca, España.
- Fromm, Erich, 1956. **Psicoanálisis de la sociedad contemporánea**. Ed. Fondo de Cultura Económica. 308 pag
- Fromm, Erich, 1970. **La Revolución de la Esperanza: Hacia una tecnología humanizada**. Ed. FCE. 157 pags.
- Fromm Erich. 1975. **Anatomía de la destructividad humana**. Ed. Siglo XXI, México. 507 pags.
- Fromm, E.et al. 1990. **Psicoterapia y salud en Oriente/Occidente**. Ed. Kairós, Barcelona, España. 292 pags.
- Fromm, Erich, 1992. **El humanismo como utopía real**. Ed. Paidós Barcelona, España. 206 pags.
- Heanke, D., et al. 1998. **¿Hacia dónde vamos?: Visión holística para crear una cultura sustentable**. Ed. Pax. México, D. F., 166 pags
- Informe Brundtland, 1987. **Nuestro Futuro Común**. Comisión Mundial del Medio Ambiente y del desarrollo. Alianza Editorial. Madrid, España, 460 pags.
- Latouche, Serge. 2004. **Sobrevivir al desarrollo: De la descolonización del imaginario económico a la construcción de una sociedad alternativa**. Ed. Icaria, Barcelona, España, pag. 22
- Leopold, Aldo, 1935. **Una Ética de la Tierra**. Introducción por Jorge Riechmann. Colección Clásicos del Pensamiento Crítico. Ed. Los libros de la Catarata primera edición 2000, Madrid, España. 159 pags.
- Lipovetsky, Gilles. 2007. **La felicidad paradójica**. Ed. Anagrama, Barcelona, España. 406 pags.
- Lorenz, Konrad. 1973. **Sobre la agresión: el pretendido mal**. Ed. Siglo XXI, Madrid. 341 pags.
- Lovelock, James, et al. 1989. **Simposium sobre la Tierra**. Compendiado y comentado por Anuradha Vittachi. Editorial Kairos, Barcelona, España, 213 pags.
- Meadows, D. H.m D. L. Meadows y J. Randers. 1992. **Más allá de los Límites del Crecimiento**. Ed. El País Aguilar, Altea, Taurus y Alfaguara, Buenos Aires, Argentina. 355 pags.
- Mumford Lewis, 1967. **The Myth of the Machine, Techniques and Human Development**. New York, Harcourt Brace Jovanovich.
- Naredo, J.M. y J.M. Naredo P., 2006. **Raíces económicas del deterioro ecológico y social: más allá de los dogmas**. Ed. Siglo XXI de España editores. 271 pags.
- Morin, Edgar y Nicolas Hulot. **El Año I de la Era Ecológica**. Editions Tallandier. Madrid España, 145 pags
- Naess, Arne. 1984. A defense of Deep Ecology Movement. **Environmental Ethics, Vol. 6: 265-270**
- Naess, Arne. 1973. The Shallow and the Deep, Long-Range Ecological Movement. **Inquiry, 16: 95-100**
- Naess, Arne. 1984. A defense of Deep Ecology Movement. **Environmental Ethics, Vol. 6: 265-270**

Nuñez de Castro, Ignacio S.J. 2006. **Teilhard de Chardin: el hombre de Ciencia y el hombre de Fe**. Cuadernos de Fe y Cultura. Universidad Iberoamericana, Puebla/ Fideicomiso Bustos Barrena/ ITESO, México. 63 pags.
Schumacher, E.F. 1973. **Lo pequeño es hermoso**. Ed. Orbis. Barcelona, España. 320 pags
WorldWatch Institute, 2010. **La situación del mundo 2010, Cambio Cultural: Del consumismo hacia la sostenibilidad**. Ed. Icaria, Barcelona, España. 439

Recibido: 19.04.2012

Aceptado: 22.07.2012